

XIII

EL PRINCIPIO DE LA CUESTIÓN

EL PRINCIPIO DE LA CUESTIÓN

Una monada de criatura solían decir que era Paquita Pérez, y efectivamente era muy mona; pero tenía un defecto bastante grave: el de no tener juicio.

Y además, los que la trataban de cerca decían que estaba muy mal educada.

Su padre, D. Policarpo Pérez Prendero, ó «el tío de las tres pes», como le llamaban los abanderados, factores y furrieles cuando era contratista de provisiones para el ejército en la última guerra civil, no había cuidado más que de dos cosas: lo primero, de enriquecerse dando á los soldados tocino podrido, garbanzos como balas, etc.; y luego, de que su hija luciera las riquezas todo lo posible.

—¡Pobre criatura!—solía decir cuando tenía que resolver sobre alguna descabellada pretensión de Paquita. —¡Pobre criatura! ¿Por qué la hemos de contrariar y afligir, si

no nos sobra otra cosa más que medios para satisfacer sus caprichos?

Su madre, que era lo que se dice una buena Juana (y de ella se podía decir con toda propiedad, pues Juana era su nombre), como se la paseaba sosegadamente el alma por el cuerpo, y á todo se avenía, menos á incomodarse, asentía siempre á las perjudiciales condescendencias de su marido; resultando de todo esto que á Paquita jamás la quitaban un gusto.

Y así había ido creciendo como un arbolillo salvaje, inclinándose hacia donde quería, sin sujeción moral ninguna, ni material apenas, más que la del corsé, á la cual se sometía ella voluntariamente por el deseo de parecer bien y andar á la moda.

La única persona que trataba de oponerse á los antojos de Paquita, y procuraba rectificar suavemente sus más dañosas inclinaciones, era D. Agustín, amigo íntimo de la casa. Mas como, á pesar de esta condición, le faltaba autoridad para hacer que prevalecieran sus buenos intentos, y no le apoyaban como debían los principales interesados en la obra, no sacaba fruto.

Sus relaciones con la familia provenían de haber sido el primer novio de D.^a Juana. Él había creído ser también el último, creencia de que ella participaba igualmente, pues con él pensaba casarse; pero á lo mejor se atravesó D. Policarpo, cargado de dinero, y

los padres de ella, creyéndole mejor partido, la indujeron á casarse con él, dejando á don Agustín en blanco.

Quiso éste curarse del disgusto, que no había sido flojo, por el sistema aquel del refrán que dice «un clavo saca otro clavo», y se casó con otra. Pero no le vivió más que unos meses; y aunque no constaba que hubiera tenido en aquella breve temporada graves disgustos, no le debió de ir del todo bien, porque, lejos de pensar en reincidir, no podía oír hablar de bodas y era enemigo acérrimo del matrimonio.

Quizá debido á esto, no guardaba rencor á D.^a Juana ni á su marido por la mala partida que entre los dos le habían jugado; sino que, bien lejos de abrigar contra ellos resentimiento alguno, les trató siempre cual verdadero amigo.

—Estáis echando á perder esa niña—les decía á menudo—por dejarla salir con todo lo que quiere.

—¿Y qué la hemos de hacer?—le contestaba D.^a Juana.—Si se la contraría, llora y se alborota de una manera...

—Naturalmente: porque no está acostumbrada á que la contradigáis; pero si una vez os mantuvierais firmes, y otra vez también, ella se iría acostumbrando.

—No, no; yo no tengo corazón para verla llorar... Ese tampoco tiene carácter... Y por

otro lado, como está en la edad de divertirse...

—Ese es un error: lo que está es en la edad de ser bien educada, y de que cimentéis sólidamente su felicidad temporal y eterna...

—¿Su felicidad?—decía D. Policarpo.— Bien sabe Dios que no deseamos otra cosa; pero yo creo que para hacerla feliz no necesitamos privarla de nada... Tenemos para ella sola seis millones largos.

—¡Ya parecieron los millones!... No se trata de eso. Con ellos puede ser muy desgraciada, y sin ellos ó con ellos puede ser feliz educándola bien y cristianamente...

La discusión continuaba por lo regular hasta que alguno de los cónyuges, no sabiendo ya por dónde salir, decía al amigo, en buenos términos, que á él apuradamente nada le importaba.

Con lo cual el bueno de D. Agustín callaba por entonces; mas no se daba por vencido, y al día siguiente solía volver á la carga con igual empeño y con el mismo resultado.

Como Paquita era tan mona, ó si ustedes quieren, como su padre era tan rico, en cuanto la pusieron de largo tuvo un sinnúmero de adoradores... un capitán de artillería, un abogado, un ingeniero de caminos, etc., etcétera, de entre los cuales ella, por su propio numen ó quizás aconsejada de sus padres, acertó á elegir el peor, naturalmente: un noble tronado, cuya educación, trato social, cos-

tumbres y gustos eran todo lo contrario de los de ella.

—Esa boda—les decía D. Agustín—es un disparate... Bueno, quiere decirse que todas lo son, ¿eh? pero esa muy especialmente.

—¿Por qué, hombre?—le decía D.^a Juana.

—Porque no puede pintar bien, es imposible—respondía él con firmeza.

—Pero ¿por qué no ha de pintar bien, si ellos se quieren?—replicaba la madre.

—¿Se quieren?... ¿De dónde sacas tú que se quieren?... Ni se quieren, ni pueden quererse nunca. Son de muy diferente condición... No tienen ni un punto común en la manera de ver las cosas... Desde el primer día han de estar en pugna los gustos del uno con los del otro.

—¿Tú qué sabes?—le decía D. Policarpo.

—Ojalá no lo supiera... Mira, hombre, un buen matrimonio es de suyo difícil...; y digo difícil por no decir imposible, como casi lo es en realidad... Pero tratándose de Paquita, de vuestra hija, siendo Paquita uno de los novios, el buen matrimonio resulta imposible completamente á causa de su mala educación, ó de su falta de educación mejor dicho; pues, contra mis consejos, la habéis dejado siempre salir con todos sus antojos, tiene la voluntad entera y virgen, y no podrá vivir en paz con nadie.

—No exageres...

—Añadidme á esto que el Vizconde... no quisiera ofenderle, pero ni puede estar enamorado de ella ni en ella ha buscado otra cosa que vuestros millones para restaurar su palacio agrietado, para dorar de nuevo sus escudos..., y tendréis que convenir conmigo en que esa boda es un despropósito, y en que vais á hacer á vuestra hija muy desgraciada.

Pero como á aquellos cursis adinerados les seducía tanto la alianza con una casa noble, el predicar de D. Agustín no fué más que predicar en desierto, y la boda se hizo.

Y salió lo que D. Agustín pronosticaba.

El primer día de casados no riñeron Paquita y su marido porque no tuvieron tiempo, pues apenas estuvieron solos; pero el segundo día hubo ya sus más y sus menos...

Después... En la primera semana todavía las escarapelas matrimoniales no llegaron á trascender fuera del gabinete; pero á los quince días ya reñían en el comedor, delante de los criados.

Y eso que el Vizconde, persona fina y educada, hizo lo posible por conservar la paz y la armonía conyugal, cuando menos en apariencia, y se aguantó mucho. Pero Paquita era tan inaguantable, que el hombre llegó á perder los estribos; y poco á poco, por aquello de que todo se pega menos la hermosura, vino á hacerse tan reñidor como ella ó poco

menos, llegando pronto hasta el extremo de reñir en público.

Una tarde, al oscurecer, iban los dos en amor y compañía por la calle del Barquillo, cuando se la ocurrió á Paquita decir á su consorte:

—Mira la de Sorribos qué vestido azul lleva tan hermoso.

—No es azul, es verde—la contestó él de buena manera.

Pero ella insistió de mal aire en que era azul, y él en que era verde, y tras del mutuo contradecirse vino el insultarse, con tanta crudeza, por cierto, de parte de Paquita, que luego llamó á su marido perdulario y hambriento, diciéndole á gritos que hasta que no se había casado con ella no había tenido qué comer... En fin, que la furia de ella en el decir llegó á tal exceso, que él, ya fuera de sí, la dió una guantada, á la que contestó ella echándole las uñas á la cara como para sacarle los ojos, y rasgándole un lagrimal, con lo que se le puso el rostro bañado en sangre.

Acudieron transeuntes á separarlos; y como pasaba mucha gente, se formó en seguida un corro muy grande, donde cada uno decía la suya. Llegaron por fin, aunque tarde, como siempre, varios guardias de orden público y un inspector, y trataron de llevar á la prevención á los reñidores.

Pero el público, dividido en bandos, se oponía á que los llevaran á los dos, teniendo por injusto que ambos fueran tratados del mismo modo.

—Que la lleven á ella, la grandísima furia—decía uno,—que ella es la que ha hecho sangre... ¿qué culpa tiene el caballero?

—Culpa tiene—replicaba otro.—Él es precisamente el que tiene más culpa, que fué quien primero la dió una bofetada.

—Y la dió poco para lo que merecía, porque primero le había dicho ella perrerías, insultos insufribles...

—Toda la culpa la tiene él...

—Toda la culpa la tiene ella...

En esto, y mientras el inspector escuchaba tan contrarias opiniones de unos y de otros, sin saber á quién creer, y se confundía cada vez más queriendo enterarse, llegó muy apresada, abriéndose paso por entre la gente, un caballero de cierta edad, pulcramente vestido, que empezó á reconvenir á media voz y con alguna aspereza á Paquita y al Vizconde, como si tuviera autoridad sobre ellos.

—¡Qué espectáculo!—les decía.—¿No os da vergüenza?... ¡En medio de la calle!... Vamos, recógete tú ese pelo y ponte el sombrero (la decía á ella). Límpiame tú la sangre de la cara (le decía á él), y vámonos de aquí cuanto antes... ¿Qué se dirá de vosotros?...

Era D. Agustín, en quien la gloria de ha-

ber salido profeta no se sobreponía totalmente al disgusto que le causaba aquella escena cómico-trágica.

El inspector, no sabiendo á qué atenerse ni qué juicio formar sobre quién fuera el verdadero responsable del escándalo, pues todos los espectadores querían hablar á un tiempo y cada uno le quería informar á su manera, decía:

—Déjenme ustedes... A ver... que hable uno que haya presenciado el principio de la cuestión...

—Yo, señor inspector—dijo D. Agustín acercándose rápidamente al funcionario y disponiéndose á enterarle.

—¿Usted?—le contestó el inspector.—¡Pues si usted ha venido después que yo!... ¡Si le he visto á usted llegar ahora mismo!...

—No obstante—insistía D. Agustín...

—¡Pero, hombre!...—replicó el inspector.—Ha llegado usted aquí cuando todo había concluído... ¿y dice usted que presenció el principio de la cuestión?...

—Sí, señor... Fuí testigo de la boda.